

La inmolación del Maestro Favaloro

El pensamiento es la talla del ser humano. Pero su evidencia ante el dolor es frágil y pequeña. La palabra lo sugiere, no puede dibujarlo. Y en esta muerte del Maestro, los vocablos son hendijas donde fluyen los indicios de la pérdida destrozados. No hay sílabas que revelen el sentimiento que llevamos. El pensamiento es sublime. La palabra en este momento es nuestro enviado. Cruel y maltratado.

El Maestro había creído en la creatividad, en el trabajo y en el hombre. Aportando al esfuerzo sin rémora soñaba que la sociedad podía atesorar la justa causa de la equidad. Dedicó su existencia íntegra a esta labor. No tuvo tiempo para pensar que la sociedad —por lo menos la nuestra— se devora a los maestros. Los vuelve monumentos pero silencia sus palabras. Los homenaja sin escucharlos. Los sepulta ignorando su anecdotario. Alardea del ejemplo para ubicarlo en el pasado.

En su trabajo cotidiano el Maestro jamás dejó de crear las artesanías más deslumbrantes ni evitó trepar por las utopías increíbles. Hasta la forma de su muerte revela el romanticismo de su espíritu. La voluntad indeclinable del servicio al prójimo. Debí ser infinita su lucidez en el instante de su decisión. Un demente no se sacrifica. La premonición era una de sus mejores virtudes. Su muerte rememora la del poeta colombiano José Asunción Silva (1865-1896), autor del célebre "Nocturno", quien se hizo dibujar por un amigo médico la silueta cardíaca en su pecho y llegado a su casa se suicidó con un disparo que destrozó su corazón.

La muerte del Maestro no sólo atesora la tragedia que encierra este acto, significa una inmolación en una última búsqueda que alivie la necesidad del hombre enfermo. Más allá de la lágrima que viste de dolor al pasado, su grandeza merece construir el futuro que todavía permanece abierto. Debemos avanzar sobre nuestras propias miserias. No puede

haber una salud fragmentada, con oportunidades diferentes de acuerdo a posibilidades, intereses y conveniencias circunstanciales. Nuestra medicina nos recuerda el sistema de encomiendas implementado en la conquista de América, donde un grupo de nativos pasaba a ser parte de un sistema independiente sometido a la voluntad de quien era el encargado de ella. No hay salud sin un sistema solidario al servicio del hombre y no de la economía. La construcción de una nación obedece a la necesidad del bien común, a la protección de sus habitantes. En salud, en educación y en seguridad social, esta situación toma aristas de tragedia si el Estado no comprende su obligación. Un sistema de Seguro Nacional de Salud sin exclusiones ni discriminaciones es fundamental para que los recursos lleguen adecuadamente a los usuarios sin mortificaciones ni sobresaltos.

La propia desesperación del Maestro tiene en su muerte el sello indeclinable del luchador. Su pensamiento se adelanta en el tiempo a la espera de que un día interpretemos el mensaje de que no puede haber iniquidades ante un hombre enfermo. Los que pensamos de esta forma no dejemos —aunque sea por esta vez— que nos arrebaten las banderas de la dignidad. No transformemos al Maestro sólo en una estatua, sino que también escuchemos en silencio su voz.

El pensamiento del Maestro es la evidencia de lo consciente. La intensidad de ver lo trágico. Permite el límite de lo inexplicado. Y de pronto es lúcido artesano. Fuego insospechado. Al Maestro estas palabras lo sugieren, no alcanzan para dibujarlo.

Dr. Jorge Trainini

JEFE DEL SERVICIO DE CIRUGÍA CARDÍACA
HOSPITAL PTE. PERÓN